

Gustav Mahler

(1860-1911)

por Mayra Müggenburg

Mahler era un romántico tardío, precursor de la música del siglo XX, ecléctico pero con la maravillosa habilidad de ordenar y armonizar tanta diversidad de formas musicales con los sonidos de la naturaleza. Logró plasmar en su arte gran parte de la historia de la música, pasando por el romanticismo, el impresionismo, el expresionismo y hasta la modernidad del siglo pasado.

Así como sus contemporáneos de la Secesión rompieron con las formas artísticas tradicionales —“a cada época su arte y al arte su libertad”, lema de los secesionistas—, Mahler lo hizo en el terreno musical, respetando siempre la forma sinfónica. Fue un compositor de grandes contrastes: en su obra podemos escuchar desde formas bucólicas casi inocentes en las que se oye a lo lejos el sonido del cucú, el famoso canon de Martinillo, la música de las bandas judías que escuchaba en el pueblo de Iglau, donde creció, las famosas “*ländler*”, danzas rústicas austriacas antecedentes del vals, hasta las marchas fúnebres resultantes de la convivencia con la muerte que ocupó gran parte de su vida. De sus 11 hermanos, murieron ocho. Uno de ellos, su amado Otto, se suicidó dejando una nota en la que decía que le devolvía a la vida su boleto de admisión y, finalmente, la más dolorosa fue la muerte de su hija mayor.

Su genialidad fue que, a pesar de la mezcla de diversas formas y estilos musicales, logró un todo armonioso, significado de un amplio conocimiento de la música y del arte de componer, logrando no obstante obras perfectamente integradas.

El reto mayor lo experimentó al componer su Octava Sinfonía, llamada de los Mil (858 cantantes, 171 instrumentos), la cual, por el número de integrantes, le debe haber requerido un arduo trabajo de ordenamiento, balanceo y armonización. “Imaginen todo el universo resonando y cantando”, fue el comentario de Mahler al terminarla. La primera parte viene del himno latino *Veni Creator Spiritus* y la segunda es el final de la segunda parte de *Faust* de Goethe. En esta sinfonía —como en la Segunda y Tercera— el compositor trata de redimirse, como lo haría Wagner en su *Parsifal*.

A su estreno concurrió gran número de personalidades de todos los ámbitos, entre otros Georges Clemenceau, editor de *L'Aurore*, el periódico francés que publicó el famoso



Gustav Mahler, el judío católico

J'Acuse de Émile Zola, Siegfried Wagner, Anton Webern, Stefan Zweig —quien publicó un poema titulado “*El Conductor*” en honor a Mahler— y Thomas Mann, gran admirador del compositor.

Como director administrativo de la Ópera de Viena y director de la orquesta, experimentó grandes logros, haciendo rendir al máximo la ejecución de cada instrumento. También exigió al mismo nivel la realización de su obra en cada uno de los ejecutantes. Su habilidad para dirigir fue notoria, y en ciertas obras importantes, como en la presentación de la Novena Sinfonía de Beethoven, aumentó el número de instrumentos para obtener una orquestación más intensa, respetando por supuesto la obra original. Con esto podríamos decir que se anticipó al universo sonoro del siglo XX.

En la *première* de *Eugene Onegin*, estando Chaikovski presente, el comentario de éste último fue: el director de orquesta no es un simple conductor, sino un genio que da la vida en cada presentación. En el *Te Deum* de Bruckner emocionó profundamente a la audiencia.

No importa que fuese un religioso convencido o un oportunista circunstancial; lo que está claro es que Mahler no siguió la religión judía de sus ancestros. Su cristianismo fue parte de su integración a la cultura europea y acorde a su creatividad musical. Aunque mucho se ha especulado si se convirtió al catolicismo para obtener el tan deseado puesto de Director de la Ópera de Viena (por el requisito obligatorio de ser católico, ya que el nombramiento al cargo dependía directamente del emperador Francisco José), el requisito ya estaba cumplido desde antes de obtener la designación, ya que había tomado la resolución de abrazar la fe católica mucho antes de este acontecimiento. La concepción mahleriana de un mundo y de un Dios de misericordia congeniaba más con la visión del cristianismo que con la del judaísmo. ●

Bibliografía

Blaukopt, Kurt. *Mahler*, 1985

Mahler-Werfel, Alma. *Mi vida*. 1960

Giroud, Françoise. *Alma Mahler ou l'art de être ammée*. 1988